



El secuestro de la democracia en España. Corrupción y dominación en la España actual, José Antonio Piqueras, Francesc A. Martínez, Antonio Laguna y Antonio Alaminos, Madrid, Akal, 2011, 444 pp.

La irrupción de la política democrática en la vieja Europa en el último cuarto del siglo XIX con la expansión del sufragio universal masculino pareció provocar por momentos un terremoto en los aparatos de poder y las formas de alcanzarlo entre los partidos, abriendo la oportunidad a las nuevas formaciones de lograr el éxito político gracias a su adscripción popular. Era el momento en que la gran burguesía se cuestionaba alarmada si su tiempo de hegemonía

en las instituciones propio del momento del sufragio censitario llegaba a su fin frente a la irrupción de las temidas masas. Como ha señalado E. Hobsbawm en una respuesta que bien podríamos hacer nuestra para estos tiempos de crisis económica y recetas infalibles de los mercados financieros, “¿Qué ocurriría en la vida política cuando las masas ignorantes, incapaces de comprender la lógica elegante y saludable de las teorías del mercado libre de Adam Smith controlaran el destino de los estados? ¿Tal vez tomarían el camino que conducía a la revolución social, cuya efímera reaparición en 1871 tanto había atemorizado a las mentes respetables?”¹

Desde esos momentos el nuevo escenario de la política democrática empezaba a imponer nuevas reglas del juego y sobre todo impuso a los nuevos y especialmente a los viejos partidos la obligación de captar la adhesión de las masas superando una esquemática identificación de voto clasista; esto es, que los trabajadores votarían a los partidos obreros, las clases medias a los liberales y que la burguesía más acomodada y el gran capital estaría detrás del conservadurismo, por trazar un mapa esquemático. El juego político ya desde el primer momento demostró que la democracia significa un complejo y proceloso itinerario para obtener el favor político de unos votantes llave para acceder al poder. El populismo y el clientelismo político surgieron como alternativas para atenuar o disolver el impacto de la nueva práctica democrática: para captar votos por adhesiones, favores o presiones.

Elementos que vendrían a matizar la influencia de la pregunta clave que constituye en esencia la piedra filosofal de la política actual. ¿Por qué votan lo que votan los electores? ¿Cuáles son los factores esenciales que determinan el voto en unas elecciones? ¿Por qué triunfa un partido en unos comicios y no en otros? En definitiva, en qué se basa el éxito electoral de un partido político. Ésta era la pregunta que ya pretendía contestar uno de los autores del libro que aquí comentamos en una obra anterior donde intentaba desentrañar las claves del éxito político. En ella se apuntaba a una solución multifactorial donde se tenía en cuenta la importancia del mensaje, el partido, el líder, pero sobre todo y finalmente se enfatizaba el factor esencial de

¹ Hobsbawm, E. (1989). *La era del Imperio (1875-1914)*. Barcelona, Labor, p. 86.

la capacidad de intermediación de los medios de comunicación². Una respuesta deudora de la propia experiencia profesional del autor en puestos de responsabilidad de gestión de la comunicación en el ámbito político.

El libro que aquí comentamos –Piqueras, J.A., Martínez F.A., Laguna, A. y Alamos, A. (2010). *El secuestro de la democracia. Corrupción y dominación política en la España actual*, Madrid, Akal– trata de profundizar en ese camino para intentar responder a una situación paradójica para sus autores. Dar respuesta a por qué gana las elecciones el Partido Popular en la Comunidad Valenciana (PPCV) desde 1995 de manera invariable, sistemática y sobre todo por encima de cualquier coyuntura económica, política e ideológica. Así, por extensión, aunque el libro centra sus análisis en el territorio de la Comunidad Valenciana y de sus referentes políticos, sus conclusiones serían aplicables a todos aquellos espacios democráticos en los que una formación política se consolida en el poder consiguiendo vencer repetidamente en las elecciones por encima de los resultados de su gestión o las circunstancias económicas o sociales.

Los triunfos reiterados del PPCV desde 1995 en las elecciones autonómicas han creado una anomalía política en la Comunidad Valenciana, donde los resultados electorales escapan a los habituales mecanismos que desgastan a los partidos y propician el cambio político. El PPCV se ha mostrado inmune a los tres grandes factores de cambio y erosión política que en la reciente democracia española han forzado la renovación en las instituciones: crisis económica, corrupción política, y crisis interna de las organizaciones. Los tres elementos han afectado de manera destacada al PPCV, incluso de manera simultánea. Copartícipe junto al gobierno central de la crisis económica que arrastra la Comunidad y que la sitúa en una de las peores cifras de desempleo y retroceso del PIB, por citar sólo los dos referentes esenciales para medir la economía de un territorio. Afectado por las gravísimas imputaciones de corrupción del caso Gürtel, Brugal y otros escándalos que han llegado a las más altas esferas de la instrucción judicial. Dividido internamente por el enfrentamiento entre los adeptos a Eduardo Zaplana por un lado y los fieles a Francisco Camps tras la salida del primero de la Generalitat para ocupar un puesto en gobierno central, más tarde enquistado en la pugna entre seguidores de Camps y las huestes en Ali-

cante del presidente de la Diputación José Joaquín Ripoll, últimamente finiquitado tras el triunfo electoral de Camps en mayo de 2011. Ni tan siquiera los resultados materiales de la llamada gestión de gobierno, término con el que los populares han intentado basar la legitimidad de sus éxitos electorales, tienen justificación por las manifiestas insuficiencias en sanidad, educación o deuda económica, donde las cifras, siempre más implacables que los discursos, colocan a la Comunidad Valenciana en los furgones de cola de cuantas estadísticas se consulten.

Decenas de gobiernos autonómicos y estatales han perdido el poder en la España democrática, y los últimos en perpetuarse en él desde los años 80, lo han hecho o están a punto de hacerlo, por la concurrencia de algunos o todos estos factores de cambio que parecen no afectar al PPCV. La explicación a esta paradoja tiene la contundencia que la excepcionalidad requiere. Responder a ello es el propósito de esta obra.

Los autores confeccionan un diagnóstico pesimista y desolador que sintetizan en el provocador subtítulo de su libro: el secuestro de la democracia. La provocadora conclusión es que el PPCV basa su éxito en democracia en vulnerar ésta hasta hacerla irreconocible, porque aunque “conserva las formas democráticas, imposibilita de facto la competencia en igualdad de condiciones”. Además exponen claramente como se llega a esa situación: “[...] creando una trama delictiva destinada a recaudar ingentes sumas de dinero para el partido a cambio de concesiones públicas (que no excluye el enriquecimiento personal) y, a la vez, utilizar recursos públicos para generar una clientela amplia y fiel mediante métodos que se inscriben en variantes modernas de patronazgo de partido” (p. 19)³.

Podíamos pensar, dado el propósito, que nos encontramos ante un libro abiertamente ensayístico, más próximo al periodismo de opinión, donde los autores desgranar acusaciones y acumulan descalificaciones como en los artículos

² Laguna, A. (2010). *Las claves del éxito político ¿por qué votan los ciudadanos?* Barcelona, Península, pp. 234-239.

³ Piqueras, J.A., Martínez F.A., Laguna, A. y Alamos, A. (2010). *El secuestro de la democracia. Corrupción y dominación política en la España actual*, Madrid, Akal, p. 19.

de prensa los columnistas sentencian a los políticos a partir de toda una serie de comentarios ocurrentes. Al contrario, los autores afirman su procedencia universitaria para apuntalar la tesis del secuestro de la democracia a partir de una rigurosa y minuciosa verificación de datos donde, sin orillar las premisas del método científico de la verificación de hipótesis, combinan las técnicas de las ciencias sociales del análisis de la realidad con el comentario de la misma.

La supremacía del PP en Valencia se disecciona de manera precisa, puntual y diríamos que inapelable. Los autores realizan una radiografía de la corrupción política del partido en la Comunidad desde los remotos tiempos del caso Naseiro, hasta los más recientes casos Brugal, Fabra, Aguas de Calp o sobre todo el asunto Gürtel que se ha alojado en el corazón de la Generalitat. Una descripción de aire periodístico, nada sencilla de materializar por los embrollos personales y políticos de los protagonistas que arroja, eso sí, conclusiones meridianas. Esos casos de corrupción por un lado han sido fuentes de enriquecimiento personal, pero sobre todo han servido como vías de financiación irregular del PP que le han permitido afrontar las campañas electorales con una superioridad de recursos frente a las otras formaciones políticas.

El otro elemento que se considera esencial para explicar la hegemonía electoral del PP es el clientelismo político. Éste es uno de los grandes aciertos del libro, situar el tema del neopopulismo y su palanca de acción, el nuevo clientelismo político, como uno de los rasgos dominantes de la política actual de ciertos territorios de la democracia aparentemente consolidada. Ciertamente tenemos asociada la figura del populismo con regímenes de países en vías de desarrollo, como por ejemplo varios países sudamericanos donde la democracia real es una entelequia por la fuerza dominante de unos estados y unos aparatos de poder que con su capacidad de influencia y presión sobre la sociedad desvirtúan la capacidad real de las elecciones para ejercer el cambio político.

La idea apuntada es que en Europa estamos viviendo rasgos de un neopopulismo de nuevo cuño, que recupera viejas prácticas del caciquismo decimonónico y la movilización popular de cara a las elecciones, con las técnicas propagandísticas de la democracia televisiva en países, o por lo menos en ciertos territorios, de España e Italia. Aquí

es donde la sólida formación como historiadores de la mayor parte de los autores, expertos en la política del siglo XIX, se convierte en un elemento esencial para establecer un riguroso análisis de la actualidad desde los cimientos de la historia⁴.

Como se afirma de manera concluyente, “El clientelismo económico con efectos políticos, está en la base del sistema de gobierno creado en la Comunidad Valenciana para asegurar la hegemonía del partido popular (...) votos a cambio de protección, dispensa de favores o asignación de recursos públicos”⁵.

Un clientelismo, unas relaciones patrón-cliente donde se delega el voto a cambio de la protección y ayuda del poder que se establece, según la teoría política al respecto, en aquellos lugares en los que existe un insuficiente desarrollo de la cultura política democrática. Ese caciquismo político renovado lo expresó en 2009 de la manera más clara una persona que desde su propia tradición familiar y la práctica cotidiana lo conoce perfectamente, el presidente de la Diputación de Castellón, Carlos Fabra, cuando señaló: “el que gana las elecciones coloca a un sinfín de gente, asesores, secretarios, directores generales, subdirectores, subsecretarios, asesores de los consellers, directores territoriales, secretarías de no se qué y con las oposiciones puedes meter a uno a dos ayudantes, Y toda esa gente es un voto cautivo. Ése es un voto cautivo, que lo tengáis muy claro. Supone mucho poder en un ayuntamiento, en una diputación...”⁶.

Pero no todo es intercambiar votos por favores, ésa es una pieza de la cadena y faltan más eslabones. Antes hablamos de la importancia que los propios autores reconocían a los medios de comunicación en el éxito electoral, y a ellos refieren en un capítulo esencial, que se combina con el siguiente, donde se hace análisis del discurso político que los populares han orquestado para reforzar esa hegemonía.

⁴ Destacaríamos, entre otros, los trabajos de José Antonio Piqueras sobre la Restauración española del siglo XIX, que le permiten tener un perfecto conocimiento de los mecanismos políticos de la oligarquía de captación de los votos y desvirtuación del sufragio universal y donde destaca su obra reciente: (2008). *Cánovas y la derecha española. Del magnicidio a los neocon*, Península, Barcelona.

⁵ Op. Cit, p. 69-71.

⁶ *Ibidem*, p. 80.

A la hora de dibujar el mapa de medios en la Comunidad y sobre todo la política de comunicación del Partido Popular de nuevo sobreviene un esfuerzo de inspiración periodística para acercarnos a la radiografía de medios afectos al poder. Porque esa es otra característica básica de este neopopulismo: la apelación al pueblo a través de los medios de comunicación, no entendidos como un contrapoder, sino como una correa de transición del poder.

Dicho de una manera clara, esa dominación del PP se apoya de manera esencial en el control de los medios de comunicación para con ello “conseguir una serie de consensos a través del mecanismo de acostumbrar a la gente a determinados discursos hasta convertirlos en normales. En estos discursos, la oposición no existe; es el mal, y el gobierno tampoco existe; se trata de los representantes de los valencianos; de los nuestros”⁷.

A partir de esta premisa, los autores trazan una cartografía del proceso a través de la cual los dirigentes del PP se han dotado desde su llegada al poder con Eduardo Zaplana de unos medios afines, entre el sector privado y por supuesto en el sector público; desde Tabarra Media a RTVV. Los mecanismos para lograr esa influencia se detallan: el reparto de favores públicos –concesiones, subvenciones...– entre los amigos, la publicidad institucional, las remuneraciones a los periodistas afines, etc.

El salto de la era Zaplana es el salto de la televisión analógica a la digital, al nuevo conglomerado de medios afines –Intereconomía, Libertad Digital, Veo 7, Popular TV–, beneficiados por las concesiones de frecuencias. Al fondo la atronadora labor de la televisión pública convertida en una televisión gubernamental, con una deuda astronómica y unos índices de audiencia en caída libre. Una televisión sin información, pero que cuando la presenta forma parte del discurso político y la estrategia del PP. El abrumador control del audiovisual es clave entre una población que se informa de manera mayoritaria a través de la televisión.

Esos medios son el instrumento perfecto para amplificar el discurso populista basado en las emociones que los autores diseccionan. Así se sustituye el debate ideológico por el emotivo y la reflexión queda de lado. En el actual escenario de descrédito de la política, esa actitud encaja a la

perfección con el sentimiento mayoritario de la población. Podríamos recordar aquí cómo en los discursos de Camps términos como ilusión, energía, optimismo, pasión, etc., son el eje central de una argumentación carente de toda argumentación razonada y por lo tanto únicamente empeñada en pulsar la vertiente emotiva del electorado. Como ya se ha señalado, la propaganda política no refleja la realidad⁸, trata de adecuarla a los intereses de la supervivencia personal.

Y en todo caso, apuntaríamos nosotros, cuando se hacen concreciones el PP utiliza el impacto emotivo de los grandes iconos, de las grandes obras acometidas en la Comunidad: desde la Ciudad de las Artes a eventos como La Copa América o el gran premio de Fórmula 1. En todos ellos destaca la imponente y majestuosidad de las obras monumentales que ofrecen un panorama de modernidad. En todas ellas hay una característica común que es la construcción de grandes espacios visuales diseñados para el impacto emotivo desde su visionado a grandes alturas; como las grandes escenografías del fascismo, están organizados para provocar un impacto entre las audiencias con su contemplación desde el aire y a través de las imágenes de televisión. Entre cámaras de televisión que sobrevuelan los escenarios y dibujan espectaculares coreografías donde se retrata una ciudad diseñada y planificada para ser observada desde el cielo. Esculpida para su retransmisión a través de la televisión y ser fácilmente consumida desde el sillón de la sala de estar, donde el elector puede sentirse orgulloso de pertenecer a un pueblo que ha sido capaz de gestar tales espacios.

La impresión final del libro no puede ser más desoladora, ciertamente alentada por los augurios electorales de 2011, y no tanto por la situación política de la oposición al PP, a la que se obsequia con un relevador y sintomático silencio, que algunos pueden interpretar como una carencia del libro y otros como un segundo estudio que complete la comprensión de la situación política en Valencia.

El resultado es un libro crítico, en este caso con el poder, porque no olvidemos el origen universitario de sus auto-

⁷ *Ibidem*, p. 128.

⁸ Arregui, J.A. (2009). *Por el cambio. 30 años de propaganda política en España*. Sevilla, Comunicación social, p. 205.

res y porque la Universidad se debe a su espíritu crítico, fundamentado en gran parte en su independencia y su autonomía, que desgraciadamente cada vez es más difícil de encontrar en otras instancias. Crítico y, al tiempo, con el propósito de superar un cierto pesimismo que se ha instalado en la sociedad valenciana, un aire de fatalidad que revela la incapacidad para cambiar las cosas con los medios actuales. En ese sentido la obra, sin tener una relación directa con el fenómeno, forma parte de esa corriente de indignación que circula en nuestra sociedad y pide otra forma de hacer las cosas. Quiere suscitar el debate y la

reflexión con su provocación que se instala desde el título. Sería una verdadera pena que en un país donde la lectura hace tiempo que está perdiendo su capacidad para generar un debate público este libro se perdiera en la maraña del protagonismo digital. En este caso estaríamos lamentando que los autores no hubieran dedicado sus esfuerzos a elaborar un video provocativo, aderezado con toda la carga del humor corrosivo, para colgarlo en Youtube.

Enrique Bordería Ortiz

Universitat de València. Estudi General